

TEMPLO HERMANA TERESA

“La perseverancia”

11/01/2025

“La perseverancia”

Queridos hermanos y hermanas.

En esta Ceremonia de hoy vamos a reflexionar sobre esta frase que Carlos nos compartió y que dice:

“Persevera”. No hay martillo que hunda el clavo en el primer intento.

En la vida, cada acción que emprendemos nos enfrenta a desafíos. Algunos pequeños y otros enormes, como si fueran montañas que requieren de toda nuestra fuerza para ser escaladas. La perseverancia, esa capacidad de insistir, resistir y persistir, es la virtud que convierte los intentos en logros. Y, como el martillo que golpea un clavo, sabemos que rara vez el primer impacto basta para que este se hunda completamente.

Desde un punto de vista humano, perseverar implica aceptar que los fracasos son parte del proceso. Cada intento fallido es un peldaño que nos acerca al éxito. Consideremos a Thomas Edison, quien al intentar inventar la bombilla, aseguró haber encontrado "10,000 maneras que no funcionaban". Para Edison, cada error no era un obstáculo, sino una lección.

Usando nuestra imaginación podemos citar otro ejemplo, el de Sofía, una joven que soñaba con ser médica. Desde niña, su

vocación la llevó a estudiar arduamente, pero al terminar el colegio, los exámenes de ingreso a la universidad resultaron ser un desafío abrumador. En su primer intento, no logró obtener el puntaje requerido. Desanimada pero no vencida, Sofía decidió prepararse mejor. Tomó cursos intensivos, ajustó sus métodos de estudio y trabajó con constancia durante un año completo. Al segundo intento, aún no alcanzó el objetivo, pero esta vez estuvo más cerca. Su persistencia se mantuvo firme, y en su tercer intento, finalmente logró entrar a la universidad. Hoy, como médica, Sofía recuerda aquellos momentos no como derrotas, sino como pruebas que moldearon su carácter.

La historia de Sofía ilustra cómo la perseverancia nos transforma. No solo nos acerca a nuestras metas, sino que nos enseña resiliencia, paciencia y fortaleza. Cada golpe de martillo refuerza no solo al clavo, sino también la mano que lo sostiene.

Ahora bien, desde una mirada de Fe, perseverar no solo es un acto de voluntad, sino también de confianza. La Fe nos enseña que no estamos solos, que cada intento tiene un propósito que tal vez no comprendamos de inmediato. La perseverancia basada en la Fe nos lleva a dejar en manos de algo más grande que nosotros mismos aquellos resultados que escapan a nuestro control.

Para ilustrar esto que decimos permítannos contarles la historia de Manuel, un agricultor de un pequeño pueblo.

Manuel enfrentaba años de sequías y cosechas fallidas. A pesar de sus esfuerzos, parecía que la naturaleza estaba en su contra. Sin embargo, cada temporada volvía a sembrar con esperanza. Manuel decía: "Mi parte es sembrar, regar y cuidar. El resto lo dejo en manos de Dios".

Un año, después de una tormenta inesperada que inundó sus campos, Manuel pensó que había perdido todo. Sin embargo, la inundación trajo un suelo fértil que en la siguiente temporada permitió una cosecha abundante como nunca antes había visto. Para Manuel, aquel momento fue una lección: perseverar con Fe significa confiar en que, aunque el martillo pueda parecer pequeño frente al clavo, hay una fuerza mayor guiando el golpe.

Hasta acá hemos tratado el tema que hoy nos ocupa por separado, es decir desde una mirada humana y desde una mirada de la Fe.

Ahora, permítannos contarles otra historia que une esas dos miradas, la historia del herrero y el clavo.

Había una vez un herrero llamado Arturo, conocido en su aldea por su destreza con el martillo y el yunque. Arturo tenía un aprendiz, Diego, quien deseaba aprender el arte del herrero. Un

día, Arturo le entregó un clavo y un martillo, y le pidió que lo hundiera en un grueso tronco.

Diego, confiado, levantó el martillo y lo golpeó con fuerza. Para su sorpresa, el clavo apenas se movió. Molesto, golpeó nuevamente, pero esta vez el martillo resbaló y apenas rozó el clavo. Arturo observó en silencio mientras Diego, frustrado, golpeaba sin éxito. Finalmente, exasperado, Diego exclamó: "¡No puedo hacerlo! Este clavo es imposible de hundir."

Arturo se acercó y le dijo: "Diego, la fuerza no es suficiente. La precisión, el ritmo y la paciencia son igual de importantes." Luego, Arturo tomó el martillo, dio un golpe firme y centrado, seguido de otro y otro, hasta que el clavo quedó perfectamente hundido.

El aprendiz, maravillado, preguntó: "¿Cómo lo hiciste?"

Arturo sonrió y respondió: "Cada golpe cuenta, Diego. Pero más que fuerza, se necesita perseverancia. El clavo no cede al primer intento, sino al conjunto de todos ellos. Así es en el trabajo, en la vida y en la Fe."

Años después, Diego se convirtió en un herrero tan hábil como su maestro. Y cada vez que veía a un aprendiz enfrentarse a un clavo rebelde, recordaba la lección de Arturo y enseñaba que perseverar es la clave del éxito.

Hermanos y hermanas, la perseverancia, vista desde una mirada humana o desde la Fe, comparte un principio esencial: los resultados valen la pena cuando nos esforzamos con constancia. Desde lo humano, aprendemos que nuestras acciones diarias son fundamentales para alcanzar nuestras metas. Desde la Fe, entendemos que no todo depende de nosotros y que confiar en un propósito mayor nos da la fortaleza para seguir adelante.

Cuando enfrentamos desafíos, podemos adoptar ambas miradas. Esforzarnos al máximo, como Sofía, quien estudió con ahínco, y confiar, como Manuel, que sembraba con esperanza. En esta dualidad encontramos el equilibrio necesario para perseverar sin caer en la desesperanza.

Como conclusión podemos decir que el martillo no hunde el clavo en el primer intento, pero con cada golpe lo acerca a su destino. Así es la vida: una serie de esfuerzos, fracasos y aprendizajes que nos moldean. Perseverar es un acto de valentía y Fe, un compromiso con nuestros sueños y con algo más grande que nosotros mismos.

La Hermana Teresa nos invita hoy a que la próxima vez que enfrentemos un desafío, recordemos la lección del herrero y su aprendiz. Nos invita a tomar el martillo de la perseverancia y

golpear una vez más. Porque cada intento cuenta, y al final, el clavo siempre cede ante la constancia de quien no se rinde.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

